dé á la cuestión de México, sea grata á ambos países y no perjudique la independencia del pueblo mexicano."

La retirada del general Prim y de sus tropas, no debió admirar al gobierno francés, desde el momento en que la candidatura del Archiduque Maximiliano para la monarquía mexicana, se cobijaba en la bandera francesa; desde el momento en que Almonte y otros emigrados tenían permiso de presentar públicamente y de una manera casi oficial, ese nombre sostenido por el ejército de Napoleón; desde entonces era difícil á los españoles continuar trabajando y batiéndose por un príncipe ambicioso; esto era mucho pedir á Isabel II. Era querer que afrentara á su pueblo y á su dinastía, pedir á la nieta de Luis XIV y de Felipe V que colocara á la Casa de los Hapsbourg en el puesto que sus abuelos habían conquistado para la Casa de Francia, al través de tantas vicisitudes; era renegar en América del testamento de Carlos II y del tratado de Utrecht que constituía gloriosos timbres ante la Europa. La España entera se pronunció como su soberana; en las últimas discusiones de las Cortes reprocharon diversos oposicionistas al ministerio de Calderón Collantes y O'Donnell, no haber mantenido bastante alto el decoro de los Borbones, inseparable del trono de España.

El Sr. Olózaga, jefe de los progresistas, decía: "Consentir silenciosamente la indicación de un príncipe extranjero para el trono de México, es un hecho digno de censura. España no puede ni debe apoyar otra candidatura que la de un príncipe español, sin perjuicio de la nación y de la dinastía." El Sr. Antonio Ríos Rosas, el más encumbrado orador de la Cámara de diputados, se expresaba en estos términos. "Después del testamento de Carlos II y la batalla de Almansa, un trono austriaco es imposible. Si el gobierno hubiese querido tendría en México un trono nacional, y habría creado una monarquía fuerte y durable, con tanta más facilidad cuanto que los Estados-Unidos, impotentes, no estaban en condiciones de intervenir." "La respuesta del gobierno español al francés debió ser: *Un trono español en México, ó ningún trono.*"

Consistió el error de España, en no aclarar desde el principio la oscuridad que cubría para el porvenir el último término de la empresa, no queriendo disipar esa oscuridad por temor de que fracasaran en la expedición sus propias combinaciones; opuso á la candidatura del Archiduque Maximiliano solamente algunas reservas vagas, y en vez de provocar explicaciones decisivas las huyó; quería aparecer más astuta no siendo la más fuerte, y siguió adelante creyendo que por un desembarco rápido en Veracruz arrastraría los sucesos en su favor. Presentóse Almonte y no dejó ya incertidumbre acerca de la seriedad de la candidatura del Archiduque Maximiliano; el general Prim retrocedió y dejó á su aliado frente al peligro, conducta contraria á la que juzgaba más conveniente el general Concha, marqués de la Habana, esto es, adelantarse, llegar el primero, herir á México pronto y con firme mano; anticipándose á las tropas aliadas habría tenido el conde de Reus la mayor influencia, sin que el ejército español fuera remolcado por el francés, sino al contrario, precediéndolo.

General Juan José de la Garza.

Jefe de la brigada de Tamaulipas. Se incorporó al ejército del Centro á principios de Mayo de 1863. Situado en el pueblo de Ocotlán estuvo en observación para auxiliar los movimientos estratégicos del general Comonfort que intentaba socorrer la plaza de Puebla sitiada por los franceses. El general de la Garza estaba encargado del mando militar de la Capital de la República, al retirarse el gobierno del Presidente Juarez para San Luis Potosí.

En la sesión del congreso español, celebrada el 19 de Mayo, pronunció el ministro español Calderón Collantes un discurso, en que sostuvo la aprobación de la conducta del general Prim y los motivos en que la fundaba; con la expedición á México se quiso probar que la España de 1862 no era la de 1814 ni la de 1824, pues ni estaba débil ni abrigaba sentimientos de conquista ó de absorción; que su política en el continente americano era desinteresada, inspirada en la justicia y nacida en la fraternidad; declaró que al firmar la Convención de Londres, el gobierno de la Reina Isabel se propuso respetar la libertad y la independencia de México, y que á Almonte se le manifestó simplemente este parecer.

En el discurso pronunciado por el diputado Rivero en el mismo congreso, dijo refiriéndose al regreso del ejército español: "Yo no creo que haya habido desde 1808 acá, un acontecimiento internacional que haya herido más y haya causado más luto á mi país; si teníamos que hacer allí, ¿por qué nos hemos vuelto? Si no teníamos qué hacer, ¿para qué hemos ido? No comprendo que hayamos regresado á Cuba para callarnos." "Se nota en el lenguaje del conde de Reus el desaliento en que se encuentra, y esa gran expedición, empezada con tanto lauro y tan benévolamente acogida en México, se vuelve á Cuba, yo no sé para qué, como no sabía para qué había ido." Preguntó al gobierno si la vuelta del ejército español era un gran triunfo y llamó rapiñas á las reclamaciones de la Francia, sintiendo que el conde de Reus hubiera querido hacer solidarias las reclamaciones españolas con las francesas. "La Gaceta de Madrid" declaró el 17 de Julio de 1862, terminada la misión confiada al teniente general D. Juan Prim el 17 de Noviembre del año anterior, quedando la Reina muy satisfecha del celo, lealtad é inteligencia con que la desempeñó.

Luego que se supo la ruptura de los Preliminares, salió de la capital de la República la brigada de San Luis Potosí á las órdenes del general Lamadrid, para reunirse al ejército de Oriente; llevaba una batería de campaña y además de la dotación completa de cada pieza, iban doscientos artilleros de aumento. Ese jefe dirigió una proclama á las fuerzas de su mando, la que terminaba dando vivas al honor nacional, al Supremo Gobierno, y mueras á los traidores.

La derrota y fusilamiento del general Alatriste, distrajo una parte de las tropas enviadas para ingresar al ejército de Oriente. El Sr. Alatriste, confiando en que el jefe Antonio Carbajal cubría su retaguardia, salió de Matamoros Izúcar; pero faltándole el apoyo, se encontró solo y atacado por Márquez, Cobos, Vicario, Acebal y Montaño, fué derrotado y fusilado. Por esos días recibían los reaccionarios órdenes de Almonte para que se dirigieran á Tehuacán y formaran la retaguardia del ejército francés. El 17 de Abril salían de Puebla seis mil soldados, que con los tres mil que estaban en la Cañada de Ixtapa, formaban la respetable división que iba á ocupar el Chiquihuite tan luego que los franceses volvieran á repasarlo. En Córdoba y Orizaba se habían declarado algunos por la presidencia de Almonte y el protectorado francés, siendo el general Taboada jefe del movimiento.

Los franceses pacíficos sufrieron tropelías de los mismos defensores de la Intervención, siendo uno de los casos más notables el asalto de un molino de trigos, á tres leguas de Tecozautla, arrendado por varios franceses á quienes maltrató el cabecilla Sóstenes Montejano, porque no podían darle las cantidades que les pedía. En contra de la Intervención se levantaron porción de guerrillas, para una de las cuales obtuvo autorización el diputado Vicente Riva Palacio, en el distrito de Chalco. Algunos franceses residentes en México, entre ellos el Sr. Desfontaines, declararon por la prensa, que el ejército francés no se reuniría con las fuerzas de Márquez y de Cobos, y que Napoleón no levantaría aquí un trono para monarca extranjero, pues que Thouvenel había asegurado que el gobierno francés no intervendría en la política mexicana, conceptos vertidos también por el almirante La Gravière, conocido en Europa como militar leal y valiente. Quejábanse los franceses de la conducta de Saligny, y tampoco creían que la Francia entrara en guerra con México.

Pero todo esto no bastaba para justificar lo que se hacía; la violación de la palabra empeñada por los franceses era un desgraciado principio y produjo deplorable efecto; el pueblo que se preciaba de llevar y enseñar á un país que calificaba de bárbaro, el respeto al derecho y á los compromisos contraídos, comenzaba por pisotear una promesa solemne. Con esto disminuyó el prestigio de las fuerzas francesas que abrieron, las primeras, las puertas á la traición; apareció que temían la posición del Chiquihuite y se afirmó en los ánimos el concepto de que los mexicanos habían sido engañados por los que se proclamaban defensores de la justicia y la equidad.

El 31 de Mayo llegó el general Prim á Nueva-York, con su familia y Estado Mayor, á bordo del vapor español "Ulloa" y en seguida pasó á Washington. Allí tuvo una entrevista con el Sr. Romero, representante de México, en la que le manifestó que había obrado conforme á las instrucciones de la Reina de España, pues antes de tomar el mando del ejército expedicionario, procuró saber cuales eran las verdaderas intenciones de su gobierno. En una conferencia con Mr. Seward, dijo que los proyectos de la Francia eran, poner en el trono de México al Archiduque Maximiliano; pero que él encontraba esta empresa enteramente irrealizable, y que para no tener participio en lo que iba á pasar resolvió retirarse, aunque los comisarios franceses hicieron toda clase de esfuerzo para disuadirlo de su propósito. Mr. Seward lamentó que la expedición francesa no hubiera sido un año más tarde, pues para entonces creía que los Estados-Unidos estarían en paz; declaró que éstos no deseaban ya ni un palmo más de terreno en México, y que si se les ofrecía alguna parte de él, no lo recibirían.

El brigadier Milans de Bosch dijo al Sr. Romero: "que con excepción de D. Manuel Robles, ningún mexicano había ido á pedir protección ó á quejarse de que estuviera oprimido; y que al partir de Madrid el general Prim, le había encargado la Reina que procurara evitar una guerra con México; aseguró que el general Serrano estaba en favor de los franceses, y por eso en la isla de Cuba no se publicaban más

que noticias favorables á ellos, y después de la censura del cónsul francés; se acordó desaprobar la conducta observada por el marqués de los Castillejos y mandar á España un comisionado que trabajara en su contra. Fué designado para desempeñar esta comisión, D. Cipriano del Mazo, quien había de ponerse en comunicación con los enemigos del conde de Reus, buscando su destitución." La expedición franco-española dió un resultado contrario al buscado; rompió las leyes de solidaridad y amistad de uno y otro lado del Atlántico, aproximó á España é Inglaterra, quedando sola Francia para resolver el problema que planteó á tres mil leguas de distancia: derribar á Juárez y reemplazarlo con un monarca, obra más larga y embrollada de lo que se creyó.

Después de haber asistido el general Prim á un banquete que en Nueva-York le ofrecieron varios españoles é hispano-americanos, se dirigió á Londres y de allí á Santander y á Madrid, donde habló en el Senado acerca de los asuntos referentes á México y de la conducta que él observó. Fueron á dejarlo á bordo, los representantes de España, Perú y México; volvió á recomendar que el gobierno mexicano le tuviera al corriente de lo que aquí sucediera, con objeto de hacer de las noticias recibidas, el uso conveniente y que procuraría que en Europa se publicaran en los periódicos noticias que rectificaran las absurdas ideas que se tenían acerca de México, representado en la más deplorable y espantosa anarquía, apareciendo que la Europa le hacía el más grande beneficio interviniendo para que cesara tan desastroso estado de cosas.

En el banquete dado en el hotel Delmónico, dijo el general Prim: "Nunca mi Reina, ni mi Patria, desde el primer momento en que se formó la expedición, hasta la hora en que tengo el honor de hablar, nunca, señores, tuvo nadie la idea de atacar la Independencia de México." "Porque España es la primera en respetar, la primera en hacer respetar la libertad de México; programa que todos sostenemos, desde la Augusta Señora hasta el último manolo, si hay último entre nosotros que somos todos ciudadanos, como la Reina misma que es el primer ciudadano." "En México no quería España sino que se respetasen los tratados. Pero desde el instante en que una de las tres naciones aliadas cambió de situación y trocó la satisfacción del agravio en otra cosa, España se retiró del campo, porque se quebrantaba la base del pacto, se contravenía á los deseos de su Reina, se infringía la política de su gobierno; y séame lícito después de tan altos principios añadir, que se contrariaban mis propios sentimientos." "Quiero que el Continente americano sepa, que somos amigos y que sabremos serlo."

Para llevar á cabo su empresa, tenía Napoleón que vencer grandes obstáculos aun dentro del mismo Imperio francés. Julio Favre atacaba en la tribuna la política seguida en México y defendía el principio de no-intervención; el ministro Billaut le contestó asegurando que se acataría la Convención de Londres, aunque dejaba en pie la cuestión al asegurar que Francia prestaría su apoyo al pueblo mexicano, si éste quería cambiar su forma de gobierno, y apoyaba en esta interpretación á Mr. de Saligny acerca de la mayoría oprimida y de la minoría opresora.